

biendo llegado á casa de Clara la Baronesa de Prefont, que tenía tan buena lengua, previó Atanasia que se llegase á crear una ruptura de relaciones entre la Varenne y Pont-Avesnes. A toda costa era preciso romper el hielo que se amontonaba en grandes témpanos entre los dos jóvenes matrimonios, y sólo podía servir de pretexto una diversión pública, á la que fuese invitada toda la buena sociedad de la comarca.

La Brede fué quien, sin sospecharlo, como todos los hombres inspirados, proporcionó á la Duquesa la buscada ocasión, proponiendo correr un *rallye-paper* en los bosques de la Varenne y Pont-Avesnes. Se invitaria á las autoridades civiles y militares y á los oficiales de la guarnición, y todo el mundo seguiría la caza á caballo ó en carruaje; preparariase un gigantesco *lunch* en la encrucijada de los Estanques; en una palabra, sería una fiesta de *sport*, de la cual hablarían hasta los periódicos de París.

Poco faltó para que Atanasia abrazase á La Brede por este rasgo de genio. Lanzando á su padre á hacer las invitaciones, y ocupando á todos en cortar papelitos, la Duquesa fué á Pont-Avesnes y volvió radiante con una contestación afirmativa.

#### XIV.

La Encrucijada de los Estanques está situada en la linde de los bosques de Pont-Avesnes con los de la Varenne. Una serie de pantanos, cubiertos de juncos y de plantas de anchas hojas, que extienden sus tallos relucientes por la superficie de las aguas como culebras dormidas, prolongase en cuatrocientos ó quinientos metros, dando nombre á aquel sitio. Avidas de frescura, inclínanse las ramas bajas de las encinas sobre las estancadas aguas, y las hojas que caen durante el otoño, pudriéndose en ellas, forman un limo fangoso, donde acuden los jabalíes por la mañana á revoicarse con delicia. Vallas pintadas de blanco, que cortan en tiempos normales los caminos del bosque, cierran un espacio de doscientos metros, cubierto de espesa y blanda hierba como el terciopelo.

Enormes hayas de tronco gris y gran follaje rodean la Encrucijada, llenándola de fresca sombra. Los ocho caminos de veinte metros de anchura que van á parar á aquel punto, se pierden de vista, rectos y bordeados de matorrales rojizos, en la espesura del bosque. Es aquel un sitio tranquilo y mis-



terioso. El sol hace brillar las aguas rizadas por la brisa, que reflejan la azul transparencia del cielo. Cuando se caza en el bosque, aquel sitio es excelente, porque los gamos, cansados de la ardiente persecución de los perros, acuden á refrescar en los pantanos sus temblorosos corvejones, y á beber agua para adquirir nuevo vigor. Un cazador apostado en la orilla detrás de cualquiera de las grandes encinas, encuentra de seguro ocasión de matar reses.

Amante apasionado de la naturaleza el Sr. Moulinet, y seducido por la belleza del paisaje, ha deshonrado aquel sitio haciendo construir en él un kiosko chino.

En mitad del vasto espacio ofrecía una mesa puesta al aire libre, y servida por criados vestidos de etiqueta, todos los refrigerios apetecibles, antes de emprender la larga cabalgata, á los convidados de la Duquesa. Hacía ya una hora que La Brede, atraillado con su fiel Tremblays, recorría los matorrales sembrando papelitos que debían indicar la pista, tomando la delantera, cortando las vías, multiplicando los cambios y preparando las equivocaciones con una conciencia inimitable.

Por todos los caminos que conducían á la Encrucijada llegaban caballeros y amazonas en breacks y coches.

Los vestidos claros de las mujeres tapándose con sombrillas multicolores, los dor-

manes azules y pantalones rojos de los huéspedes, eran pinceladas brillantes en el tono general verde sombrío de los árboles.

Los caballos, tenidos del diestro por criados con traje de paño verde y gorra redonda á la cabeza, estiraban hacia el suelo, cubierto de fresca hierba, las bocas, ávidas de comerla; resonaban los estribos unos con otros; oíase de vez en cuando fuerte relincho, y los tapones de las botellas de champagne saltaban alegremente, cayendo el espumoso vino en las copas.

Vestida con negra amazona de falda corta, agitando un latiguillo, cuyo puño adornaba una enorme piedra preciosa, recibía Atanasia á los recién llegados con una alegría, una soltura y una franqueza sorprendentes.

Las damas se sentaban en los almohadones del gran *mail-coach* del Duque, puestas en las pequeñas eminencias del piso. Vestido Moulinet con traje azul y guantes gris perla, á las diez de la mañana había acaparado al Barón, que le inspiró en pocos días tiránico afecto. El Duque lucía el traje inglés de caza: casaca encarnada, calzón de piel blanca y gorra de terciopelo negro, adornada por detrás con un lazo verde. Felipe, vestido de negro, como de costumbre, menos el calzón, que era de terciopelo gris con polainas del mismo color.

Como si fueran de uniforme, Clara y la Baronesa llevaban amazonas de paño azul y



sombrero redondo, adornado con pluma negra. Ambas estaban encantadoras; la señora de Prefont elegante, á pesar de su pequeña estatura, y Clara, esbelta y magnífica, modelando sus bellos hombros y admirable pecho el sencillo vestido sin adorno ninguno en el cuerpo.

Servida por Octavio, mojaba Susana una galleta en un vaso de vino de Málaga, sin perder de vista su jaquita, á la que apretaba la cincha y examinaba la barbada su hermano con especial atención, mientras Bachelin, desenganchando tranquilamente su caballo de doble uso, poniale, ayudado de un guarda, la silla que había traído en la caja del carricoche. La luz del sol doraba el bosque, iluminando profusamente aquel brillantísimo cuadro. La brisa, ligera y fresca, excitaba la alegría.

—¡Sr. Derblay!...—exclamó de pronto Atanasia dejando al deseado Prefecto con quien hablaba.

Derblay se acercó á ella pausadamente, sin precipitación.

—¿No cree V. que ha llegado el momento de partir? Hace ya más de una hora que salieron esos señores con sus papeles; llevaban buen paso, y será preciso galopar mucho para alcanzarles.

—Confieso á V., señora,—respondió Felipe,—que estoy poco enterado de esta clase de ejercicios y temo dar mi opinión. Diríjase

usted á Pontac, que, como gran cazador, debe conocer bien estos asuntos

Y al mismo tiempo indicó Felipe con un ademán á un corpulento joven vestido con purísimo traje de cazador, galoneado de plata, con tricornio á la cabeza, cuchillo de monte en la cintura y trompa á la Dampierre en el hombro. Como si estuviera esperando ocasión de presentarse, avanzó el Vizconde de Pontac al centro de la encrucijada, é inclinándose con inglesa rigidez ante la señora de Bligny, dijo:

—Duquesa, estoy á sus órdenes, y si usted quiere confiarme la dirección de la caza, me comprometo á que encontremos antes de dos horas á los señores La Brede y Tremblays. ¿Quiere V. que demos la señal de partida? Aquí tengo mi picador. ¡Eh! ¡eh! ¡Bistocq!

Salió del grupo de los criados un mocetón con traje también galoneado, polainas de cuero, nariz roja que destacaba en su curtido semblante como fresa en mantillo, arrastrando la pierna y tirando de un penco mal peinado, cuya brida había pasado al brazo. Al llegar á seis pasos del señor de Pontac, se detuvo, y en actitud de soldado sin armas, llevando la mano á la visera de la gorra, esperó que le pidieran su dictamen.

—¿Permite V. que le interrogue?—preguntó el Vizconde á la Duquesa.

—Sin duda alguna,—respondió Atanasia



muy satisfecha de la solemnidad del procedimiento.

—Mirala, querida,—murmuró la Baronesa á media voz;—se da aires de soberana. ¿Y ese Pontac que toma en serio su papel? Todo esto para correr en busca de papelititos. ¡Vaya una diversión!

—La carrera empezará en la Heronniere,—dijo Bistocq;—allí es donde empieza la pista, y hay un pedazo de papel del tamaño de la mano. Es la única señal, porque esos señores temen sin duda que se les encuentre fácilmente... Debieran haber puesto un periódico... Los animales... perdón... esos caballeros han tomado bien el aire por los matorrales, atravesando el Campo Nuevo, siguiendo por el llano á la Venta del Sargento, entrando de nuevo en el bosque por Belle-Empleuse, dirigiéndose á pie por la parte del gran Seto, dando el cambiazó en la Boulottiere...

—¡Alto!—dijo riendo el señor de Pontac;—si te dejan hablar, nos dirás todo el itinerario de la caza.

—Allí les alcanzaremos,—dijo el picador guiñando un ojo.—No es fácil que una persona natural imite de tal modo á los ciervos, como no sea en la cabeza,—añadió con aspecto burlón,—y aun para llegar á conseguirlo se necesitan dos.

Echóse á reír la Duquesa, y dirigiéndose á Pontac, dijo:

—Es picaresco vuestro criado. Papá, da una propina á este bravo mozo. Gracias á él, La Brede y Tremblays tendrán que alargar mucho las piernas si no quieren ser alcanzados en seguida.

—Duquesa,—dijo Pontac,—¿doy la señal de partida?

—Déla V., Vizconde.

Dando vuelta á la trompa con la mano izquierda, situóse Pontac en medio de la Encrucijada, é inflando sus carrillos como si se esforzara por derribar los árboles del bosque, lanzó al viento las notas del instrumento.

—Felicito á V., Vizconde,—dijo la Duquesa;—tiene V. grande habilidad.

—Es hereditaria en mi familia,—contestó con meditación gravedad el Vizconde.—Desde hace tres siglos, de padres á hijos tocamos la trompa.

Y moviendo la cabeza con aire de superioridad, dirigióse á su caballo.

En un instante todos se pusieron en movimiento; los cazadores montaban á caballo, y los curiosos, que seguían la caza en carruajes, se acomodaban en ellos. Por general impulso dirigiéronse todos hacia las anchas calles que rodean la Heronniere.

El ruido sordo de los cascos de los caballos á galope sobre el musgo del camino, se alejó rápidamente.

—Señor Derblay, V. que conoce tan bien



la comarca, ¿quiere tener la bondad de guiarme? Dejemos partir el grueso de los cazadores. Tiene V. un buen caballo, y yo también, y yendo á través del bosque tomaremos la delantera.

—Pero, Duquesa, ¿no tiene V. á Pontac, que la guiará mejor que yo?

—No,—dijo alegremente la Duquesa;—quiero que sea V., ¡salvo que se me niegue! Pero no le creo capaz...

El amo de la ferrería se inclinó sin contestar. Clara, de pie á pocos pasos, presenció, temblando de cólera, la audaz tentativa de Atanasia. Lágrimas de dolor acudieron á sus ojos, y sin saber lo que hacía apretó convulsivamente el brazo de la Baronesa estupefacta.

—Serás de los nuestros, ¿no es verdad?—dijo entonces la Duquesa dirigiéndose á Clara.

La joven inclinó dulcemente su bello y sombrío semblante, y dijo con voz tranquila:

—No; he contado demasiado con mis fuerzas para poder seguir la caza á caballo. Iré en carruaje.

—¿Te enfada que me lleve á tu marido?—preguntó la Duquesa con aparente solicitud.

Y añadió riendo:

—¿Tienes celos de mí?

—No,—respondió Clara sin querer con-

tesar en público su impotencia y su dolor.

—Entonces, á caballo,—dijo alegremente Atanasia, deseosa de comenzar su victoria.

Con el corazón afligido veía Clara partir á su esposo, y por un momento tuvo la idea de llamarle y retenerle á su lado, exclamando:

—Felipe!

Volvióse éste con viveza y se acercó á ella:

—¿Qué tiene V.?—la dijo.—¿Está usted mala? ¿Desea V. alguna cosa?

Con una sola palabra de la joven no se hubiera apartado de ella, y acaso se evitaran muchos dolores; pero el orgullo, más poderoso que el amor, detuvo la súplica en los labios de Clara, que levantó la cabeza, y con aspecto duro, crispados labios y desdeñoso gesto, dijo:

—No; nada tengo, nada quiero. Vaya usted.

Alejóse Felipe. En aquel momento le envolvió Clara en su creciente odio á Atanasia, y se vió acometida de una de esas rabias durante las cuales se mata.

Poniendo un pie sobre el talud de una zanja, levantóse la Duquesa un poco la falda, enseñando el principio de una pierna fina y elegante, calzada con bota de gamuza gris. Con un gesto indicó al Sr. Derblay la hebilla suelta de su espuela; Felipe se inclinó, y sin decir palabra, colocó sobre el arqueado



empeine la correa, asegurando la hebilla puesta junto al tacón. Provocadora y atrevida apoyóse la Duquesa, tocándole al hombro con el puño de su latiguillo, como para fijar bien su poder.

—Pero ¿qué quiere decir todo eso?— murmuró la Baronesa.

Miró al mismo tiempo á su prima, y la vió tan pálida y trémula que no se atrevió á continuar el interrogatorio.

Empinada por los robustos brazos de Felipe, colocóse la Duquesa en la silla, recogió las bridas, hizo con la mano un ademán orgulloso á su rival vencida, y sacando el caballo á galope le obligó á saltar la zanja que separaba la plazoleta de los matorrales. Felipe la siguió, y al poco tiempo su vaga silueta desapareció en la profundidad del bosque.

—¿Quieres que me quede á tu lado?— murmuró una dulce voz junto á Clara, inmóvil, anonadada, mirando huir á los dos jinetes como si llevaran á la grupa su felicidad.

Volvióse la joven. El Duque estaba junto á ella. Ahogó un grito de cólera, y arrancando sus guantes, con rostro sombrío y bajos los ojos, dijo:

—Déjame; quiero estar sola.

Cogida al brazo de la Baronesa, se dirigió hacia las lagunas, mientras que el Duque partía al paso de su caballo hacia el grupo

de los convidados, guiándole el lejano sonido del cuerno.

Octavio y Susana paseaban despacio, sin cuidarse de la caza y siguiendo en tranquila conversación el verde ribazo. Sus caballos, atados al mismo árbol, se acariciaban rozándose el cuello, ó tiraban con fuerza de las delgadas ramas cogiéndolas con la boca. El Barón, ensimismado, se sentó aparte, y con ayuda de un martillito rompía pedazos de mineral que había recogido á orillas del camino.

Sin hablar llegaron los dos jóvenes al kiosco, rodeado de bancos. Sentáronse. Profundo silencio sucedió al movimiento y al ruido que reinaba en el bosque. Ligera brisa agitaba las cañahejas, por entre las cuales revoloteaban algunos pájaros. Miró la Baronesa á su amiga, ya repuesta, y sólo un ligero temblor de los labios indicaba la agitación persistente de sus nervios. Temiendo que su prima hubiese adivinado sus sentimientos, bajó la cabeza y apartó la mirada, restregando indiferente con el pie la arena del piso.

—Y bien, ¿qué significa todo esto?— exclamó la Baronesa sin poder ya contenerse.—Llego á tu casa creyendo encontrar una tranquilidad bíblica, y me encuentro con disensiones y disgustos. Tu marido galopa junto á Atanasia, y el Duque viene á ofrecerte humildemente su compañía...



—Cambio de señora como ea el rigodón,—dijo Clara riendo nerviosamente.

La Baronesa se puso grave, y cogiéndola una mano, dijo á su prima:

—¿Por qué intentas engañarme? ¿Me crees tan aturdida que no comprenda lo que te pasa? ¡Clara, tú no eres feliz!

—¡Yo! ¡Por qué no he de serlo! Vivo en medio del lujo, del ruido y de la animación. Tengo una familia que me adora; amigos que me rodean; un marido que me deja en libertad... Ya ves; cuanto pude imaginar. ¿Por qué no he de ser dichosa?

—Porque, querida mía, lo que imaginaste en otros tiempos causa hoy tu desesperación. Tu marido te deja en libertad, pero ha recobrado la suya, y cuando le ves junto á otra se te desgarrá el alma... Por orgullo quisieras negarlo, pero tu dolor te vende. No, no eres feliz ni puedes serlo, porque estás celosa.

—¡Yo!—exclamó Clara con rabia.

Y al mismo tiempo lanzó una dolorosa carcajada que terminó con un sollozo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y poniendo la cara, roja de vergüenza, junto al brazo de su amiga, lloró amargamente.

La Baronesa la dejó desahogar su triste corazón, y viéndola después tranquilizada, le arrancó el triste secreto de su ruptura con Felipe.

La señora de Prefont quedó estupefacta,

comprendiendo los tormentos que sufría Clara y sospechando los de Felipe. Adivinó el horrible contraste que existía entre la vida pública y la íntima de aquellos dos seres. Exteriormente el brillo, la alegría y el cariño aparentes; por dentro el silencio, la frialdad y el aislamiento. Aquellos dos desdichados representaban ante las gentes una comedia con la obligación de desempeñar bien sus papeles. Desde aquel momento la única idea de la Baronesa fué trabajar por la reconciliación de ambos esposos, separados por deplorable locura, y quiso conocer hasta el fondo el pensamiento de Clara.

—Pero cuando tu marido te cuidó con tanta abnegación,—la dijo,—¿no tuviste ni por un momento la idea de que se reanudarán los lazos rotos?

—Sí,—respondió Clara ruborizándose.— No sé lo que pasó por mí, pero me sentía otra, ignorando si lo que me atraía hacia él era reconocimiento por sus cuidados ó una más justa apreciación de su carácter. Cuando no estaba allí, involuntariamente le buscaba, y cuando estaba á mi lado, sin mirarle le veía. Su actitud era tan severa, tan triste; que no me atrevía á hablarle... ¡Oh! ¿Si me hubiese alentado!...

—¿No lo ha hecho?

—No; es tan orgulloso como yo, y más resuelto... ¡No hay esperanza alguna! ¡Estamos separados para siempre!



—Por lo demás, Felipe toma alegremente su partido según veo, y nuestra bella Duquesita Moulinet...

—No acuses á Felipe,—interrumpió vivamente Clara.—Ella es la que sin pudor se le ofrece... Me persigue sin descanso... Después de mi novio, mi marido. ¡Qué triunfo! ¿no es verdad? ¿Y cómo separarle de ella? ¿Qué he de hacer para defenderme? ¿Tengo siquiera derecho? ¿Acaso me pertenece mi marido?

—Francamente, chica, más bien es tuyo que de ella.

—¡Oh! ¡que vea lo que hace!—dijo Clara con violencia.—Demasiado me ha hecho sufrir ya, y la mayor paciencia tiene límites. Si me obliga á traspasarlos, no sé lo que haré; probablemente alguna locura que nos pierda á las dos.

—¡Bah! ¡bah! querida, tranquilízate. Cuenta conmigo, y yo te respondo de que ajustaremos cuentas con esa deliciosa Atanasia. Es una acaparadora, ¿sabes? Instinto de familia, porque su padre hacía lo mismo con el azúcar. Su especialidad son los maridos. Los necesita todos. ¡Cuánto daría, Dios mío, porque se le antojase seducir al Barón! ¡Cómo me divertiría!

Y con la cabeza indicaba á Clara á su amado Prefont, siempre en el mismo sitio, y matando el tiempo en recoger piedrecitas con que llenaba los bolsillos. Clara no pudo

impedir una sonrisa. La imagen de Felipe pasó por su mente. No era su esposo dócil y paciente servidor, sino amo imperioso y terrible.

—La situación, no hay que dudarlo, es grave,—añadió la Baronesa.—Pudiéndose explicar, el arreglo sería fácil; pero el hablar es expuesto á un desaire, y entonces todo se va al demonio. Se necesita por tanto acudir á la diplomacia. No hay quien me quite de la cabeza que tu marido te adora, pero que no quiere dártelo á conocer. Los hombres como él sólo aman una vez y para siempre. ¿Has mirado bien al Sr. Derblay? Es un terco. Tiene la cabeza hecha para agujerear murallas... Con tal carácter no le desarmarás, sino humillándole ante él.

—¡Ah! No titubearía en hacerlo, porque nada me sería costoso con tal de atraérmelo. Pero, ¿y si lo tomara por nuevo capricho?

—Es verdad; conviene esperar ocasión propicia para hacer esta importante prueba: si no se presenta, la buscaremos; pero no tengas, por Dios, ese aspecto aburrido y desesperado, porque vas á alegrar demasiado á nuestra querida amiga. Acuérdate de que para todo el mundo eres dichosa, y aparenta felicidad mientras la consigues en realidad.

Clara exhaló un suspiro. La indomable joven, que antes pretendía vencer todos los obstáculos, dudaba ahora de su poder y desconfiaba de su voluntad.



—Creo que desde hace media hora hablamos con la mayor seriedad. Esta psicología conyugal me ha calentado la cabeza. Si quieres creerme, galopemos un poco, y después yo iré á ver qué hace de tu esposo nuestra duquesita Moulinet... ¿Vienes?

—No,—dijo Clara sombría;—estoy cansada. Me quedaré aquí. Ni mi hermano ni Susana tienen, al parecer, deseo alguno de seguir á los cazadores. Ellos me acompañarán.

Octavio y la joven volvían lentamente y silenciosos. El Marqués, algo más serio que de costumbre; Susana, con la cabeza inclinada y haciéndole sonreír halagüeñas ideas. Así llegaron hasta el sitio donde estaban atados los caballos. El joven soltó las bridas, y volviéndose hacia Susana, dijo:

—¿Me permite V. decirselo á mi hermana?

Bajó Susana la cabeza en señal de asentimiento, y contestó:

—Dígaselo si quiere. Ya sabe V. lo que nos ama, y de seguro se alegrará.

—Pues bien; váyase V. con el Barón y la Baronesa. Yo me quedo con Clara y le confiaré mi secreto.

Presentó á Susana sus manos cruzadas, y apoyando ésta en ellas el menudo pie, colocóse en seguida en la silla. La joven levantó la vista, miró á Octavio un poco más tiempo quizá del conveniente, le dió un apretón de manos, con el cual expresaba lo que no se

atreve á decir, y tocando con el latiguillo á la grupa de su jaca, llegó de un salto en medio de la encrucijada.

Al acercarse el sonido del cuerno que se oía en el bosque, La Brede y Tremblays corrían como demonios.

—¡Vamos, Barón, á caballo!—dijo la señora de Prefont á su esposo.

—Estoy á tus órdenes, querida mía...—respondió el amable marido dejando de contemplar sus minerales.—Es muy curioso... Figúrate: no me admiraría que las rocas de este cerro contuvieran alumbre... Hablaré de esto con el Sr. Derblay. Acaso se pudiera hacer concurrencia á los alumbres de Italia... ya sabes... cerca de Civita-Vecchia... Te los hice visitar cuando nuestro viaje de recién casados... ¡Sería buen negocio! ¡Se necesita tanto sulfato de alúmina para la fabricación del papel!...

—Sí, Barón, sí,—contestó la joven con súbito enternecimiento;—eres un ángel, y, lo que es más, un ángel sabio. Toma; bésame la mano.

—Con mucho gusto,—dijo el Barón, sin que se alterara su bella tranquilidad y acercando á sus labios la mano cubierta con fino guante de su mujer.

Miró la Baronesa á su alrededor; hizo pisar tumultuosamente á su caballo; saludó con la mano á Clara y Octavio, y volviéndose hacia Susana, dijo:



—¿Estamos, Susana?... ¿Sí?... Pues en marcha.

Y seguida de su marido y de Susana, partió á escape.

Inmóviles Octavio y Clara les vieron alejarse. Por un momento permanecieron silenciosos. Octavio, meditabundo y algo dominado por la emoción de la confianza que iba á hacer; Clara, pensando en lo que le había dicho la Baronesa, y calculando con vaga angustia las probabilidades de triunfo en su difícil empresa. La voz de su hermano la sacó de esta meditación.

—Clara,—le dijo,—tengo que darte una gran noticia.

Su hermana le miró con gesto de curiosa sorpresa.

—Susana y yo nos amamos,—añadió en voz baja.

El semblante de Clara se iluminó como cielo tempestuoso que atraviesa un rayo de sol. Alargó ambas manos á su hermano, y atrayéndole vivamente le hizo sentarse junto á ella. Con deliciosa agitación de nervios, ávida de saberlo todo, vió apuntar quizá la ocasión favorable para reconciliarse con Felipe. En aquel sitio silencioso, le refirió Octavio con entusiasmo la novela sencilla y larga ya de aquellos dos corazones que poco á poco se habían apoderado uno de otro; amor cándido y tímido, lleno de puro encanto y nacido sin esfuerzo ni sacudidas

como las bellas flores bajo el cielo azul.

—Tú, que tienes tanta influencia con Felipe,—dijo el Marqués á su hermana,—háblale de mí, y procura que me otorgue la mano de Susana. Conoce desde hace tiempo mis ideas, y sabe que nada me importan las ventajas del nacimiento y que procuro formarme mi posición. En fin, sé elocuente, convéncele, porque tienes mi dicha en tus manos.

De pronto se puso Clara grave. La influencia que le atribufa su hermano no la tenía. Desde la noche fatal, punto de partida de tantos dolores, apenas había hablado á solas con Felipe. En Pont-Avesnes sólo se veían á la hora de comer, y delante de los criados hablaban poco y siempre de cosas insustanciales. De pronto, sin preparación, sin que él la alentase, tenía que abordar tan serio asunto. No titubeó, sin embargo. Recobrando su hermosa confianza, tuvo presentimiento de la victoria.

Alarmado por el silencio de Clara, y pre-dispuesto á ver dificultades como todos los enamorados, exclamó el Marqués:

—¿Te niegas á defender mi causa?

—De ningún modo,—respondió la joven con valerosa sonrisa;—y tranquilízate, la defenderé como si fuera mía.

—¡Oh! ¡Cuánto te lo agradezco!

Y cogiendo á su hermana por los hombros la besó tiernamente.



—¿Son estos mis honorarios?—dijo con una alegría que desde hacía un año nadie había advertido en ella.—Se ve que tienes confianza, porque pagas adelantado. Vamos, vé á buscarla, ya que has confesado tu crimen. Sabes que no temo la soledad, y además necesito reflexionar en todo lo que acabas de decirme.

El joven corrió hacia su caballo. De un salto se puso en la silla, y enviando un beso con la mano á Clara, que le miraba sonriendo, partió con la celeridad de hombre que sabe encontrará á la que ama al fin del camino.

## XV.

Sola Clara, olvidó el sitio en que se encontraba y lo que pasaba á su alrededor, y se puso á meditar. Lejano ruido se oía en el bosque, y por el ancho camino continuaban rodando los carruajes; pero la joven fué ciega y sorda á cuanto no era Felipe, y se entretuvo en reconstituir su vida tal y como hubiera debido ser. Trayendo á su memoria el tiempo pasado, contó los días felices de que voluntariamente se había privado, y alejada de esta funesta época apenas pudo comprender los sentimientos á que entonces

obedeció. Aquella especie de delirio, de orgullo que la dominó, era verdaderamente inexplicable. La preocupación de casarse antes que el Duque, costara lo que costase, le pareció de tal suerte mezquina, que se ruborizó. ¡Tan vulgares motivos la habían arrastrado á comprometer toda su existencia!

Dijo para sí que Felipe, á pesar del gran ultraje recibido, no podía ser inexorable. No se apartaba de su imaginación el altivo y severo semblante del amo de la ferrería, y aun resonaba en sus oídos la voz con que le dijo: «Algún día sabrá V. la verdad; sabrá usted que es más injusta que cruel, y aun cuando entonces se arrastre á mis pies implorando perdón, no tendré para V. ni una palabra de compasión.»

Esta terrible promesa ¿no fué hija de la cólera? ¿La culplicita siempre sin debilidad ni indulgencia? Vióle de nuevo con el rostro entre sus manos agobiado por el dolor, levantando después la cabeza y mostrándole el semblante inundado de lágrimas. Seguramente la adoraba, y aquella noche hubiera dado su vida por una mirada cariñosa, por una frase de esperanza. Ocho meses habían pasado. ¿Salió en este tiempo por la cruel herida que la mano de la joven había hecho todo el amor de Felipe?

Con la punta del pie trazó maquinalmente Clara algunas líneas en la arena.